Corrió el nombre español, y de la tierra
Dilató la opulencia y los confines;
Si exenta del olvido á las futuras
Gentes pasa inmortal vuestra memoria,
Débelo sólo á las divinas artes
Hoy en desprecio mísero abatidas;
Y ellas tambien á vuestros nombres deben
Igual el santo ardor del almo genio.
Así en lazo recíproco hermanadas
Artes, gloria, virtud, sabiduría,
Engrandecen los términos escasos
De la mortalidad, y crian siglos
Grandes en obras y en la ciencia grandes.
Mas ved aquí, señor, que miéntras canto
Yo con tono doliente las injurias
Del genio que al mortal inmortaliza,
Me escucha acaso la funesta tropa
De la gente togada, frunce el gesto,
Y arrugada la frente me condena,
Y «¡Oh tiempos! (dice), desastrados tiempos,
En que profanan ya vanos poetas
La heróica gravedad de la golilla;
Todo perece: del sutil Menoquio,
Del gran Caponio y elocuente Gomez
Ya el honor desfallece, ya pervierten
Adúlteros ingenios nuestros dogmas,
Y osan pensar con lógica, y se atreven
A escribir sin barbarie y solecismos,
Y áun la ley sin sofismas interpretan,
Y á grandes silbos á Elizondo aplauden.
¡Horrenda perdicion, dias funestos
De execrable desórden! Tristes dias,
En que ya las pelucas desterradas
De las frentes jurídicas, al sólio
De la justicia sus alumnos suben
Con pelo natural, y á Tulio imitan.
¡Oh! perezca la raza abominable
De esta prole bastarda, espúreos jueces,
Que su cabello y sus discursos peinan,
Penetran bien nuestros misterios, saben
Zumbar el respetable pedantismo
Y la docta hojarasca que nos hace,
Por no entendida, grandes á la plebe.
Nos conocen: debemos perseguirlos,
Perderlos, infamarlos.» Así falla
Con delirio infernal en sus furores
Un rancio y maquinal jurisconsulto,
Y así defiende los tremendos fueros
De su estólida ciencia y gusto torpe.
A los manes de Bártulo, el gran padre
De sus bárbaras leyes, inmolado
Caerá Maron en holocausto impío,
Y los que deben al piadoso cielo
El dón de hacer durables los instantes
Del tiempo que las cosas va anegando
En olvido profundo, sometidos
Al invicto poder de la espantosa
Barbaridad, en llanto y vilipendio
Consumirán sus miserables dias.
La esperanza y razon de los estudios
En vos están; de las carreras tristes
Sólo vos conoceis el alto precio,
Y á vos es dado sostenerlas, cuando
Fugitivas y atónitas, cual suelen
Al horrísono trueno blandas aves
Correr medrosas á esconderse, inútil
Será para ellas la gloriosa mano
Que su lira pulsó, y el plectro de oro
Que en cipres coronado vibrar supo.
Vos, señor, las amais, de sus encantos
Conoceis el vigor, los deliciosos
Impulsos, la influencia soberana
Con que suavizan al mortal, y arrojan
De su pecho la rústica fiereza.
Por ellas animado el sacro fuego
De la virtud, ó en útiles ficciones
O en himnos graves, ó en escena viva,
La dulce humanidad en ménos ayes
Respira, envuelta, los alientos breves
Que su vida conducen á la sombra
Del sepulcro asqueroso, y ¡ah! ¡qué fuera
Nuestro vivir, sin el deleite ingenuo
De las artes suaves, que benignas
Al hombre estrechan en fraterno lazo?
Es siempre bronca la ignorancia, y siempre
Turbulenta y feroz males respira,
Daños, sangre y fiereza.
A la lira los cielos concedieron
Sacar amable de los bosques rudos
Al humano linaje; y ella sabe,
Si no extinguir de las pasiones brutas
El ímpetu altanero, quebrantarlo,
Enseñando ó riendo. Ya la patria,
Nuevo Orfeo, os atiende, y cuando altivas
Sus doctrinas salvajes alzar osan
Contra las Musas su maligna frente,
Revocadla, señor, á la dulzura
Del ameno placer; y padre entónces
De la patria seréis, que serlo debe
Quien hace humanos á los hombres brutos.

MADRIGAL.

LA ABEJA.

Entre un panal sabroso,
Que mi Silvia comia,
Una abeja cobarde se escondia
Con el susto penoso
De no poder librar la amada vida
En la que fabricó dulce comida.
Viéndola Silvia bella,
Tuvo compasion de ella,
Y evitándola el mal que la maltrata,
Con sus dedos de plata
La libró de la muerte,
Y el susto en alegría le convierte;
Mas, desagradecida,
A quien le dió la vida
La mejilla graciosa
Quiso picar, teniéndola por rosa;
Pero ántes que pudiera dar enojos
De Silvia al rostro liso,
Con los airados ojos
Matarla pudo quien librarla quiso.

SONETOS.

I.

ALTURA EQUÍVOCA.

Esporo, ese poder, esa grandeza
Con que el hado burlon te engolosina,
Si añagazas no son á tu ruina,
Serán castigo á tu mortal vileza.
Tú encenagado en súbita riqueza
Te huelgas torpe en su engañosa mina.
¿A tanto el cielo tu idiotez empina?
O la nuestra peligra ó tu cabeza.
No es Dios injusto, no: jamas consiente
Gloria al malvado; ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo.
Tu grandeza es patíbulo eminente;
Si á su cima no subes como reo,
Subes ¡mira qué horror! como verdugo.

II.

PROTECCION ENGAÑOSA.

Lleva, pastor, la mano más ligera
Cuando el blanco vellon á la ovejilla
Cortas avaro; que en su sangre brilla
Teñida ásperamente la tijera.
Ella en tiernos balidos de tu fiera
Codicia se lamenta; y la sencilla
Fe te recuerda con que á tí se humilla,
Aunque el prado sin tí pacer pudiera.
Si dices que del lobo la defiendes,
Y que su lana en recompensa tomas,
El vellon, no la oveja, se destruya.
Pues si á estilo de lobo tú la ofendes,
Y es menester que con su sangre comas,
¿Qué va á ganar en la defensa tuya?

III.

EL TRISTE PRONÓSTICO.

Ya de púrpura bañe su semblante
Bello la esquiva pastorcilla mia,
Cuando las penas que en mi pecho cria
Con voz doliente á sus umbrales cante;
Ya por el bosque, al divisarme errante,
Tímida se me esconda, y su porfía
Dure, y así crüel la sombra fria
La halle y el nuevo sol siempre constante;
Adoro su desden, que no altanero
Precio de su beldad, sino desvío
De angélico pudor sus gracias sella.
Mas si en la córte del imperio ibero
Reside un dia, ¡ay mísero amor mio!
Yo huiré su encuentro, de vergüenza de ella.

IV.

Á MADRID.

Ésta es la villa, Coridon, famosa,
Que bañada del breve Manzanares,
Leyes impone á los soberbios mares,
Y en otro mundo impera poderosa.
Aquí la religion, zagal, reposa,
Rica en ofrendas, fértil en altares;
En las calles los hallas á millares;
No hay portal sin imágen milagrosa.
Y por que más la devocion entiendas
De este piadoso pueblo, á cada mano
Ves presidir los santos en las tiendas.
Y dime, Coridon: ¿es buen cristiano
Pueblo que al cielo da tantas ofrendas?
Eso yo no lo sé, cabrero hermano.

V.

PEQUEÑEZ DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

Salgo del Bétis á la ondosa orilla
Cuando traslada el sol su nácar puro
Al polo opuesto, y en el cielo oscuro
La luna ya majestuosa brilla:
Entre la opaca luz su honor humilla
La soberbia ciudad y el roto muro
Que, al rigor de los siglos mal seguro,
Reliquia funeral, ciñe á Sevilla.
Pierde en las sombras su grandeza ufana
La altiva poblacion, y sus destrozos
Lúgubres se divisan y espantables.
Fia, Licino, en la grandeza humana;
Contémplala en la noche de sus gozos,
Y los verás medrosos, miserables.

VI.

Á UNA VIEJA INMORAL.

Lúcas, esa estantigua, que desmiente
Con su verdor la injuria de los dias,
A cuya traza respetable fias
Tu Elisa en amistad incautamente;
Aunque la pompa de su alcurnia ostente,
Y en sí cifre dos mil genealogías,
Noblemente sabrá con sus porfías
Hacer famosa en la ciudad tu frente.
Ya ves cuál la nobleza en los varones
Anda, Lúcas; ya ves. Muy necio eres
Si del falso oropel cegarte dejas.
Ellos viven de adúlteras traiciones;
Ellos viven así con las mujeres,
Y todas sirven, jóvenes y viejas.

VII.

Á UN PELUQUERO.

Tú, que adulteras las divinas trazas
Del supremo Hacedor, y desfiguras
El honor de sus nobles esculturas
Cuando en formas grotescas las disfrazas;
Pues haces que á tus peines y tenazas
Se sujeten grandezas y hermosuras,
Y al arañó que encrespa tus hechuras
Deben ya autoridad las calabazas;
Crina mi frente con la rucia cola
De un próvido rocin, que entre sus cerdas
Nutrió la majestad jurisconsulta.
Crínala; que la Témis española
Sin tí no puede dar sentencias cuerdas,
Y sus dones á Dios le dificulta.

VIII.

SERVICIO INÚTIL.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre.
Y Bato el mayoral sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilon la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.
El mísero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa: tu fatiga es vana:
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afan se humana.

IX.

LA INDOLENCIA.

Despierta, Elpin, y guarda; que al hambriento
Lobo no sirve, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto,
Devorando tus reses ciento á ciento.
De rojas pieles número cruento
Luégo te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.
Despierta, Elpin, y en las calladas horas,
Cuando sin luna las estrellas lucen,
Observa, espia á tus zagales fieles.
Verás cómo desuellan con traidoras
Manos tu grey, y pérfidos reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

X.

DESESPERACION DEL PASTOR AMINTA.

Herido de tu amor, Silvia, ¿qué espero?
Dí qué remedio queda al penar mio?
En las ánsias que sufro, á tu desvío
Atribuyo la causa de que muero.
Que soy tu Aminta fiel y verdadero,
Publíquenlo estas flores, y aquel rio,
Que presencia el insano desvarío
En que me puso tu desprecio fiero.
No queda en tanto mal otro consuelo
Más que morir; entónces placentera
Me burlarás, vencido en mi porfía;
A no ser que, apiadado de mí el cielo,
Te haga llorar mi muerte; y lo quisiera,
Por ver trocada la desgracia mia.

XI.

LA NECESIDAD CARECE DE LEY.

Desciende, Apolo, y de tu sacro aliento
Comunica á mi voz parte sonora,
No aquella que al varon ínclito honora
Y hace su nombre del olvido exento;
Ni aquella que consagra el escarmiento
Del vicio cuando airada se acalora,
Justa venganza que al mortal mejora,
O reprime su torpe atrevimiento.

Oh poderoso dios, si desperdicia
Craso en *nugas canoras* su dinero,
Y dura en tu laurel suerte impropicia,
¿Qué á mí la gloria, si entre angustias muero?
Ahora bien: ó haz que triunfe la justicia,
O perdona; vivir es lo primero.

XII.

LA CIENCIA INÚTIL.

Pues te cansa el estudio, Clito amigo,
Señala en tu almanak por fausto el dia
En que abjures la improvida manía
De obligarte á vivir docto mendigo.
Ilustres mentecatos, al abrigo
Del jaspe y cedro que el Oriente cria,
Te prueban que en gallarda tontería
No influye en su rigor astro enemigo.
Del liso rostro la purpúrea rosa
Enciende más y más, y ufano aspira
Ambares en el rizo y en el labio.
Si es rebelde tu tez, supla la esposa
Gentil y desenvuelta, y Clito, mira:
Trasládala á Madrid, y serás sabio.

XIII.

MEDIO SEGURO PARA ESCUDARSE CONTRA LA ENVIDIA.

Con soplo infiel te engolfa á tu ruina
Náufraga la ambicion, incauto Floro,
Si te dicta que en mando y en tesoro
Felicidad durable te destina.
En la mansion soberbia y peregrina
Que imperio abarque y resplandezca en oro,
De ufanos vicios indomable coro
Te asaltará con furia repentina.
Tú sobrado de gustos, y la envidia
De escándalos avara, en vil combate
Tratará de usurparte el alto estado.
¿Te agrada no luchar con su perfidia?
Vuélvete á la virtud, el fausto abate,
Y no serás temido ni envidiado.

XIV.

Por cierto, Gil, con lindo patrimonio
Para hacerte lugar vas á la córte,
Ciencia modesta, la virtud por norte
Y en el labio del pecho el testimonio.
Honesto, no comprado matrimonio
Te dió, si no gallarda, fiel consorte:
Tú ignoras la baraja y ella el porte
Desenvuelto del pueblo babilonio.
No seas tonto, Gil; en tu aldehuela
Cultiva en paz groseros alcornoques,
Y más que los de acá te darán fruto;
O si resuelto estás, en nueva escuela,
Para que no del todo te sofoques,
Aprende un poco á apicararte en bruto.

XV.

Á UN POETA MANCHEGO QUE SE RETIRÓ Á SU PATRIA.

Así siempre de pámpanos y flores,
Árida Mancha, la estacion suave
Cubra tu suelo, y su verdor acabe
Cuando esparza de nuevo sus favores;
Opima copia aliente los rigores
Que sufre tu cultor, y ménos grave
El ábrego crüel no menoscabe
La esperanza feliz de sus sudores:
Si es tanta la virtud que retirados
A tí tus don Quijotes sin violencia,
Cobran el seso en nuestro mal perdido,
¡Oh! líbranos de versos endiablados.
Cleon vuelve á tu seno, su dolencia
Cure, y dénle los cielos lo que pido.

XVI.

Á LA MUERTE DE LUIS XVI.

Al córte infame de crüel cuchilla
Cae la cabeza que á las leyes santas
Órgano fué supremo, y veces tantas
Las dió á la tierra en prepotente silla.
La de Occidente augusta maravilla
Ludibrio yace de rebeldes plantas;
Estremece el ejemplo altas gargantas,
Y un tanto el ceño del poder se humilla.
Pueblo que la adoró, sin llanto ahora,
Yerta la mira derramando en hilos
Desde mano soez sangre inocente.
Así el que sirve al que le manda adora;
Contra el débil señor vibra los filos;
Si éste los vibra, sirve reverente.

XVII.

¿Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento y sin que el alma venda
A esperanzas del propio poderío?
¿Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con audaz contienda
Tostada plebe en mísero atavío?
¿Ves arrostrar los mares al arrojo
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?
Pues, si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afan, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

XVIII.

Gracias eternas á tu justa mano
Dirijo humilde, Providencia santa,
Cuando la tierra contra mí levanta
Tiránico opresor, brazo inhumano.
Así de tu gobierno soberano
El órden luce en diferencia tanta,
Que á la tiniebla que al mortal espanta,
El rayo de la luz sigue cercano.
Mansion de vicios la malvada tierra
Triunfa con ellos: en region más pura
Coronas tú los ánimos sagrados.
Haz ¡oh poder! á las virtudes guerra;
Que sociedad tan bárbara é impura
No es para que los justos sean premiados (1).

XIX.

Á ELISA TOCANDO EL ARPA.

Cuando al impulso de tu diestra mano
Suena herida la cuerda, Elisa mia,
Alma inspiras al viento, y ella cria
Nuevos afectos en el pecho humano.
Pintora de tí misma, el soberano
Espíritu que alienta la armonía,
Copia es de tu adorable gallardía,
Que yo idolatro, y que resisto en vano.
Amor, celos, placeres y ternura
Siente el que escucha, y los afectos todos
Que copiándote expresa el aire leve.
Tú expresas, y mi alma sin ventura,
Que absorta siente por diversos modos,
Á expresar su pasion ¡ay! no se atreve.

XX.

De alto nacer y excelsa catadura
Presentóse en la córte un grande abate,
Cantando á todas horas el *orate*,
Porque en éstos sus honras asegura.

(1) Este soneto está sacado de una invectiva contra Brissot y Robespierre.

Gigante ingenio á tan sublime altura
Se eleva, cuando dél las alas bate,
Que nunca puede hallársele remate,
Aunque es bien rematada su estructura.
Al padre excelso de la patria canta
En *orate* perpétuo su proemio,
Y en *orate* tambien su lengua emboza.
Su mérito ya á todos nos espanta;
Y pues es justo que consiga premio,
Dadle, señor, prebenda en Zaragoza (1).

XXI.

EL AÑO DE 1793.

Cruje feroz el carro furibundo
Del implacable Marte, y desquiciada
La tierra, en sangre y en sudor bañada,
Puebla de horror los ámbitos del mundo.
Impía la Parca con aspecto inmundo,
No en los campos de Marte fatigada,
Destroza en prado y monte, encarnizada,
Greyes sin fin con ímpetu iracundo.
Cadáveres son hoy de hombres y brutos
Cosecha horrenda de la tierra, males
Con que esta edad su mérito señala.
Niéganse al hombre hasta los rudos frutos;
¡Ay! segun lo merecen los mortales,
Así el cielo, Teodoro, los regala.

XXII.

Á LA MUERTE DE CATON (2).

Caton se mata; Séneca y Petronio
No se matan, que mueren mal su grado;
Y se mata cualquier desesperado,
Que se lleva el mismísimo demonio.
Quien se mata, ora Cayo, ora Sempronio,
No es un sabio; es un fatuo encaprichado,
Que hace un crímen proscrito y reprobado
Por toda ley, cual sabe el más bolonio.
La vida es, pues, un bien, y un mal la muerte,
Segun toda moral filosofía:
Quien se mata es el débil, y no el fuerte.
Es saberse vencer sabiduría,
Y pensar sólo puede de otra suerte
Algun falso filósofo del dia.

XXIII.

DEFINICION DE UNA NIÑA DE MODA.

Yo soy de poca edad, rica y bonita;
Tengo lo que llamar suelen *salero*,
Y toco, y canto, y bailo hasta el bolero,
Y ando que vuelo con la ropa altita;
Si entro en ella, revuelvo una visita,
Y más si hay militar ó hay extranjero;
Voy á tertulia, y hallo peladero;
A paseo, y me llevo la palmita:
Soy marcial: hablo, y trato con despejo;
A los lindos los traigo en ejercicio,
Y dejo y tomo á mi placer cortejo;
Visto y peino con gracia y artificio.....
Pues ¿qué me falta?..... Oyóla un tio viejo,
Y le dijo gruñendo: Loca, el juicio.

XXIV (3).

DEFINICION DE UN PETIMETRE.

Yo visto, ya ve usted, perfectamente;
Mis medias son sutiles y estiradas;
Las hebillas, preciosas y envidiadas;
Los calzones, estrechos sumamente:
Charretera á la corva cabalmente;
Mis muestras, de *Cabrier*, muy apreciadas,
Mis sortijas, en miles valüadas;
Sombrero de tres altos prepotente:
Sé un poco de frances y de italiano;
Pienso bien, me produzco á maravilla;
Soy marcial, á las damas muy atento:
¿Tengo, señor, razon de estar contento?
¿Qué me falta?..... No más que una cosilla:
Temor de Dios y algun entendimiento.

XXV.

Desordenado en desaliño airoso,
Al bullicioso céfiro permite
Nisa el cabello, porque no limite
Su nativo esplendor lazo industrioso.
Velo sutil sobre su pecho hermoso
Al gusto esconde lo que al gusto incite;
Ni tanto que el tesoro facilite,
Ni tanto que dél dude el ojo ansioso.
Así en traje sucinto reclinada
En alcatifa generosa yace
Su gentileza y gala peregrina;
Así la halla Cendon, y la taimada
Del necio que su pompa satisface,
Cobra el oro, y á Alexi lo destina.

XXVI.

Corone el sol con luz no presurosa,
Jóven ilustre, tu gallarda frente
Sin que lleguen jamas á su occidente
Tu edad florida, tu virtud gloriosa;
Mas ántes dulcemente perezosa
Siempre dure la gloria en el oriente;
Eterno apoyo á la española gente,
Que por tí ya se aclama venturosa.
Vive adorado en la memoria eterna
De la nacion feliz, cual hoy ya vives
En la presente edad reverenciado.
Y objeto siempre á la esperanza tierna,
El culto que hoy cual ídolo recibes,
No llegue á ser del ódio profanado (4).

XXVII.

DICHAS DE ESPAÑA (5).

Con pompa heróica la victoria santa,
En carro de marfil y oro eminente,
Palmas tremola entre la ibera gente,
Que tiernos himnos en su aplauso canta.
La paz la sigue con serena planta,
Coronada de rosas la alma frente,
Y de cándida risa el inocente
Viste el semblante y al furor espanta.

(1) Este soneto es, como se ve, uno de los ataques personales tan frecuentes en las guerras literarias del siglo XVIII.

(2) Se publicó en el *Diario de Sevilla* (10 de Noviembre de 1792), en contraposicion al infeliz soneto siguiente, en que se glorifica el suicidio.

Á LA MUERTE DE CATON, SÉNECA Y PETRONIO.

Soneto.

Si la vida es un bien, será la muerte
Otro bien concedido á los mortales,
Con que salen de penas y de males,
Que acabarse no pueden de otra suerte:
Búscala el sabio, la procura el fuerte,
Y los pechos más nobles y leales
Hallaron su consuelo en los puñales
Cuando mejor remedio no se advierte.
Caton se mata, Séneca y Petronio,
Por salir de una vida ignominiosa,
Que ya les debe ser aborrecida,
De sabios nos dejaron testimonio;
Porque morir así no fué otra cosa
Que acabar con los males de la vida.

E. A. D. B.

(3) Algunos creen que este soneto y los dos anteriores son producciones de FORNER. Es probable que así sea; pero no hallamos de ello pruebas suficientes.

(4) Algunos renglones que preceden á este soneto en el borrador de FORNER inducen á creer que está dedicado al Príncipe de la Paz, á quien debió FORNER grandes favores.

(5) Alude á la paz celebrada con la Gran Bretaña y al nacimiento de los infantes gemelos (1783).

Pomona en tanto de purpúreos frutos
Cornucopia feliz derrama activa,
Y de flores se puebla el blando suelo.
Duplicados le da regios tributos
Lüisa: el pueblo clama ¡viva, viva!
Y los votos risueño aprueba el cielo.

XXVIII.

Goza dichoso los debidos dones
Que tributa á tus prendas justo el cielo,
Mancebo generoso, y el desvelo
De tu virtud adoren las naciones.
Ora las ciencias de laurel corones
Ennobleciendo su fecundo anhelo;
Ora, ahuyentadas de tu noble celo,
No opriman al mortal las aflicciones.
Vive feliz, y del ceñudo Marte
La gloria, no el destino, floreciente
En grata duracion siga tus dias.
Sirva á que vivas de la muerte el arte;
Que á la nuestra es tu vida conveniente,
Y la gloria tan sólo á tumbas frias (1).

XXIX.

Ensancha ¡oh Bétis! tu corriente altiva
Con rápido furor, y resonante
Arrase su destrozo el vacilante
Muro que burla tu onda fugitiva.
Herencia son de la avaricia esquiva
Los campos que ahora inundas arrogante;
Los labra vulgo pobre y anhelante,
Para que en ocio la insolencia viva.
No perdones la oliva, no de Céres
Los rubios dones, pues su copia opima
Devora en vicios la ambicion hinchada.
Ni salgas dellos, si piadoso eres;
Que al vicio quitarás que al pobre oprima,
Y al pobre eximirás de hambre afanada.

XXX.

ÚNICA INFELICIDAD DE ESPAÑA, EN SUS GRANDES FELICIDADES (2).

Con larga mano el mitigado cielo
Colma de dichas á la ibera gente;
Hinche sus naves el fecundo Oriente,
Que la paz pone salvas en su suelo;
Benigna paga al rústico desvelo
Sus tributos la tierra, más clemente;
Y al pirata africano, héroe valiente (3)
Vence, y ahuyenta el náutico recelo.
Echó el resto la dicha; el trono angusto
Aseguró en los siglos venideros,
Con dos infantes al Monarca amado.....
¡Oh, cuánto fuera de la patria el gusto,
Si una turba maldita de copleros
Tanta prosperidad no hubiera aguado!

XXXI.

Á UN RAYO QUE MATÓ Á UN BURRO.

Arde y suena con hórrido estampido
Jove, en la nube que iracundo inflama,
Y en la pálida lumbre que derrama,
Amagado el mortal, teme encogido.
Al trueno, horrendamente repetido,
Huye á esconderse en la apartada cama
Lloroso el niño, y tus piedades llama,
Jove, el firme varon descolorido.
Se estremece el Olimpo, y ya apercibe
Tu mano el rayo, que hasta al justo aterra,
Y, fulminado en fin, baja violento;
Y cuando en vicios opulentos vive
El vil Ganion, azote de la tierra,
¿Se ceba tu furor en un jumento?

XXXII.

EL ÍDOLO DEL VULGO (4).

A cervelo liviano de chorlito
Añade el casco de coplista hambriento,
La lengua de escorpion duro y violento,
Y la frente al estilo de cabrito;
Cual de envidioso can, ojo maldito
De fulminante rabia, de jumento
El labio; y al pintar su pensamiento,
Copia en él la ignorancia en infinito.
Si acordar, oh pintor, quieres sus glorias,
Ciñe su sien de cardos; siempre abierta
La boca, burros mil en torno giran.....
Pintéle y no salí de tus memorias;
Mas ¿qué animal es éste? el grande *Huerta*.
Si éste es él, ¿qué serán los que le admiran?

(1) Este soneto fué escrito en honor del Príncipe de la Paz.
(2) Alude al sinnúmero de malas poesías que, en 1788, inundaron á España, con motivo de la paz ajustada con la Gran Bretaña, el nacimiento de los Infantes gemelos y el bombardeo de Argel.
(3) El general Barceló.

(4) No publicamos este soneto sino como una nueva muestra del desabrido y chocarrero estilo que hasta los hombres más cultos del siglo XVIII empleaban en sus ásperas contiendas literarias.

ANACREÓNTICAS Y LETRILLAS.

Anacreon fué un poeta griego, de estilo facilísimo, de amenidad incomparable, de gracia y lozanía maravillosa. Parece que por su pluma se explicaban las gracias mismas, los juegos y la fertilidad de la naturaleza en el mayor grado de su hermosura. Alegre, festivo, bullicioso derramando delicias y excitándolas; fértil, en imaginaciones deleitables, admirable en la expresion, en la gala y en la suavidad de una lengua, tanto más difícil en su manejo, cuanto más fecunda y variada: tal fué Anacreon, y tales parece que deben ser los que se propongan imitar el dulce, elegante y festivo desembarazo de este deliciosísimo poeta.

Los que entre nosotros han pretendido copiarle con profundo conocimiento de las bellezas íntimas del original, no han creido que el simple hecho de escribir sartas de versos de siete sílabas los autorizaba para aplicar á las tales sartas el título de *Anacreónticas*. El metro es lo de ménos en la poesía. Ni basta tampoco nombrar *vino*, *copa*, *beodo*, porque los nombraba Anacreon. Por esta regla cualquier borracho sería tambien poeta como él; su grande mérito está en el *modo* con que dice las cosas; y es bien cierto que los versos lánguidos, secos, fríos, insulsos; las expresiones vulgares, comunes, prosaicas; el estilo infecundo, áspero, estéril; la estrechura escabrosa, lenta y forzada, son calidades que están muy léjos de parecerse al modo *anacreóntico*, ó lo que es lo mismo, al *carácter* que imprimió en su poesía aquél célebre octogenario. Por lo tanto, y por la grande dificultad que hay en expresar bien tal carácter, han sido muy pocos los poetas de España que han cultivado con acierto esta clase de composiciones. Ni el mismo Lope se atrevió á ello, con haber sido el ingenio de mayor lozanía que ha tenido España. Estaba reservado para nuestros copleros modernos hacer ridícula la gloria de Villegas, queriendo llamarse autores de anacreónticas, porque este floridísimo ingenio nos dió á conocer las bellezas del poeta Teyo. Es increible lo que han delirado los copleros de Madrid con la furia de *anacreontizar* en estos años últimos. He visto anacreónticas sobre *el daño que causan las cotillas, sobre los perjuicios que ocasionan los coches en los empedrados;* y esto basta para conocer que cuando se escribe á bulto y por mera noticia ó idea vaga de las cosas, no es posible dar un paso que no sea para tropezar y caer.

Entiendo medianamente la lengua en que escribió Anacreon; y despues de haberme empapado en su espíritu (digámoslo así), estudiando al mismo tiempo en nuestros poetas de mayor amenidad la floridez y las galas que pueden equivaler en castellano á las del poeta griego, me atreví por entretenimiento á jugar con su lira en los metros adjuntos y en otros pocos que duran entre mis borradores. A pesar de eso, están muy léjos mis anacreónticas de expresar el espíritu del original; y sólo me precio de haberlo intentado en un tiempo en que casi generalmente está desconocido el antiguo honor de nuestra poesía (1).

I.

Á MI GENIO.

Contigo, alegre genio,
Dilatando mis dias,
Sazono las molestias
De la afanada vida.
Tú ni de las riquezas
Del ignorante Midas
Deseas los cuidados,
Las ánsias solicitas;
Ni en los dorados techos
Que el poder autoriza,
La adulacion ajena
Compras con tus fatigas.
Que surque inciertas ondas
Dejas á la avaricia,
Cobarde en los peligros,
Y en la abundancia impía.
De la horrísona trompa,
Que á la batalla incita,
Los sones espantosos
Repugnas y abominas.
No fundas tus cuidados
En la ajena agonía,
Ni regadas de sangre
Te agradan las conquistas.
Sabrosa paz, que gozas
En dulce medianía,
Recreos me promete
De perenal delicia.
Ni ruego, ni me ruegan,
Ni mis umbrales sitian,
La mísera pobreza
O la infame rapiña.
Tú pones en mis manos
La venturosa lira
Que produce festiva
Los juegos y las risas;
Coronado de rosas
A la sombra benigna
De vides, que lascivos
Los céfiros agitan.
Invoco en sacros himnos
A la virtud sencilla
Que vuelve hácia mis lares
Sus alas fugitivas.
Despues al huerto ameno
Saliendo mi Dorisa,
A su frente traslado
Las rosas de la mia.
Entónces con sus gracias
Nueva gracia te anima,
Que copias en mi acento,
Porque ella te la inspira.
Léjos de tí, mi genio,
Léjos mando y codicia,
Desvelos congojosos
Que á la ambicion fatigan.
Pacíficas virtudes,
Tus versos y mi ninfa
Me bastan en la tierra
Para gozar sus dichas;
Que no, no de ellas goza,
Mi genio, quien conquista
Con riesgos y congojas
Humo, pompa y ceniza.

II.

Á POMONA.

Deja, Pomona, el huerto,
Deja las flores bellas,
Y atiende al tono yerto
De mis tristes querellas;
Y si te dueles de ellas,
A Silva persuade
Que su retiro añade
Al pecho un dolor cierto;
Y encubre las centellas
Que amor, piadoso niño,
Ofreció á mi cariño
Gozar eternamente.
Oye mi voz doliente,
Y en tono semejante,
Trasládala á mi ausente,
Díle qué es de su amante;
Mas si esto hacer no quieres.....
Mal hayan las mujeres.

III.

Á POMONA.

De cuantas bellas ninfas
Moran en estas selvas,
Solamente Dorisa
Es la que me contenta;
Díceselo, Pomona,
Haz por donde lo sepa;
Que siempre agradecido
Viviré á tu fineza.
Libra mi pecho amante
Del dolor y la pena
Que congojado sufre
Ignorándolo ella;
Y el triunfo que consigas,
Para memoria eterna,
Ofrezco consagrarte
En mi jardin ó huerta;
Si en esto me sirvieres.....
Bien hayan las mujeres.

IV.

DE UN JILGUERO.

Blandamente las alas
Batiendo un jilguerillo
Desde un laurel frondoso
A mi cabeza vino.
Una rama del árbol
Presa trajo en el pico,
Y en torno de las sienes
Enlazármela quiso.
En vano sus afanes
Consume el simplecillo;
Se agita, y de mi frente
Huye el árbol invicto.
Yo, su fatiga viendo,
No te canses, le digo;
Si coronarme quieres,
Trueca el laurel en mirto (2).

V.

Á LESBIA, VIEJA ENAMORADA.

Los años más floridos
De la muchacha Lesbia
Gozaron sin estorbo
De Celio las finezas;
Por él á cien amantes
Sorda cerró las puertas,
Ufana con el triunfo
De sus niñeces tiernas.
Ahora aquél la mofa,
Cuando la vejez fea
La encorva con su yugo,
Con su nieve la argenta.
¿Te quejas, Lesbia, ahora?
Pues en vano te quejas;
Que amor y canas hacen
Muy irrisible mezcla.
Si amada ser pretendes,
Gratidia vive cerca;
Pues guisa juventudes,
Busca remedio en ella;
Serás apetecida
Cuando tu tez grosera
De acicalado acero
Refleje la apariencia;
Cuando el negro colmillo
Convierta en fina perla;
Y en fin, cuando los veinte
Rebaje á tus cuarenta.

VI.

Á LAS MUCHACHAS.

A la lira de Apolo
Juntemos ¡oh muchachas!
La taza de Lieo,
De Mercurio la vara;
Porque ¿de qué nos sirven
Los cantos y las danzas,
Si el recelo las turba
De la discordia infausta?
El retozo de Baco
Convierten en batalla
Los inhumanos usos
Del salvaje de Tracia;
Ea, en lazos alegres
A la paz sacrosanta
Sacrificad, brindando,
Hasta apurar las tazas.
Veréis cómo beodos
No penas nos asaltan,
No tristezas, quebrantos,
Pesares ni desgracias.
Y pues la paz dichosa
Los gustos nos dilata,
Al brindis de Lieo
Juntémosla, muchachas (3).

VII.

Lloró Yole, y de su llanto
Las dulces perlas vertidas,
Aunque beberlas no pudo,
Pudo sentirlas su Aminta.
Desconfianzas amables,
Que el duro amor origina,
Llevaron desde su pecho
Las quejas á sus mejillas.
Miróla amor, y rióse
De ver la tierna fatiga
Con que á un corazon su esclavo
Su desconfianza indica;
Y díjola: «Niña hermosa,
Los sentimientos entibia;
Que cada lágrima de esas
Cuesta á tu amante mil vidas.
»El vive por tus ojuelos,
¿Qué hará cuando se desliza
Desde el vapor de un enojo
La lluvia que los eclipsa?
»Vuelva á tus párpados, vuelva,
La siempre agradable risa,
Con que la madre de amores
Su imperio dió á las caricias.»

(1) Con estas observaciones envió FORNER, en 1792, al *Diario de Sevilla*, várias anacreónticas suyas, que se publicaron en el mismo periódico, y ahora reproducimos con algunas correcciones hechas en sus borradores por el autor.

(2) La escribió FORNER á los diez y seis años de edad.

(3) Escrita á la edad de diez y seis años.